

ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.
Haz que nos sea:
- luz en el caminar de nuestra vida,
- fortaleza en la lucha diaria,
- nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

TEXTO

LUCAS 13,10-21

«¹⁰Pero estaba enseñando en una de las sinagogas en los días de sábado.

¹¹Y he aquí **una mujer** teniendo *una enfermedad* hacía dieciocho años y que estaba totalmente encorvada, no pudiendo enderezarse por completo.

¹²Pero, al verla, **Jesús** la llamó y le dijo: “**Mujer**, estás desatada de *tu enfermedad*”; ¹³y le impuso las manos. E, inmediatamente, fue enderezada y se puso a glorificar a Dios.

¹⁴Pero, respondiendo, **el jefe de la sinagoga**, irritado porque **Jesús había curado el día del sábado**, decía a **la muchedumbre**: “Hay seis días en los que está permitido trabajar. Así que en esos hay que venir para ser curados, y no en el día del sábado”.

¹⁵Pero **el Señor** respondió y dijo: “**Hipócritas**, ¿no desata en sábado cada uno de vosotros a su buey o a su asno de su pesebre para llevarlo a abrevar? ¹⁶Pero a esta, siendo hija de Abrahán y atada por Satán hace ya dieciocho años, ¿no está permitido que fuera desatada de esa atadura en el día del sábado?”.

¹⁷Y, habiendo dicho estas cosas, **todos sus adversarios** estaban llenos de vergüenza; y **toda la muchedumbre** se alegraba de todos los sucesos gloriosos acontecidos gracias a **él**.

¹⁸Así pues, decía: “¿A qué es comparable **el reino de Dios** y con qué lo compararé? ¹⁹Es comparable a un grano de mostaza que, tomándolo, un hombre echó en su propio huerto, y creció y llegó a ser un árbol, y los pájaros del cielo se albergaron en sus ramas”.

²⁰Y dijo de nuevo: “¿Con qué compararé **el reino de Dios**? ²¹Es comparable a la levadura que, tomándola, una mujer ocultó en tres medidas de harina hasta que todo fermentó”.

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (13,10-17)

- V. 10: Una breve introducción permite pasar de un discurso a un relato, y prepara la disputa (de ahí el marco de la sinagoga y la fecha del sábado). Al señalar que Jesús enseña, Lucas sugiere que su Señor explica la ley de Dios. Debe tratarse de la predicación que tenía su lugar litúrgico después de las oraciones y de la lectura de la ley y de los profetas.
- V. 11: Para Lucas, las enfermedades provienen de la esfera negativa sobre la que reina Satán. La «enfermedad», literalmente «debilidad», se había difundido por el cuerpo de la mujer para encorvarla y estorbar su movimiento. De forma concisa se señalan los efectos, bien visibles: primero, la mujer se quedó y siguió estando totalmente encorvada; en segundo lugar, como el mal era irreparable, la enferma era incapaz de «enderezarse», «ponerse en pie». Lo que agobiaba al hombre o a la mujer de la antigüedad era el carácter irremediable de un mal que no mataba, pero que impedía guardar la posición vertical. En efecto, el pensamiento judío opinaba que la posición vertical, la palabra, el discernimiento y la vista que permitía prever las cosas distinguían al ser humano del animal y lo acercaban a los ángeles. Pues bien, esta huella de humanidad ha desaparecido en este caso. Y con ella, el poder de enderezarse para mirar hacia arriba. De este modo, la mujer está privada de una

parte de humanidad y de un contacto con la divinidad. Esta mujer simboliza a una raza humana marcada por la caída (solía oponerse la creación buena, «cabeza en alto», y el resultado de la caída, el nacimiento de los humanos «cabeza abajo»). Esta inversión de arriba abajo así como esta mirada fija en el suelo sobre las cosas rastreras, incapaz de elevarse hacia el cielo, no se le escaparía sin duda al lector antiguo, que veía en aquella criatura aislada un símbolo de la creación entera, o al menos de la humanidad pecadora.

- V. 12: La mirada va más allá de la constatación. Precede y motiva el gesto de Jesús. Aquella demuestra su receptividad; este, su intercesión. Los dos dicen a los que tienen ojos para ver y oídos para oír que el Señor no se queda indiferente ante la miseria injusta y que actúa para corregir sus efectos. Lucas describe aquí la misericordia, actitud interior, no en términos abstractos, sino con *verbos que designan unos gestos benéficos*. Esta misericordia está en el origen de la crítica que Jesús dirige a los intérpretes restrictivos de la ley. Jesús, que no hace preguntas, se impone anunciando una liberación que se realiza instantáneamente. La «debilidad» de la mujer, su «enfermedad», corresponde a la «fuerza» que la tiene encadenada. «Quitar las ataduras», «desatar», deshacer lo que había hecho Satán, es favorecer la recuperación de la vida, liberar a la persona.
- V. 13: Para que la «debilidad» se convierta en «fuerza» y la servidumbre en dichosa liberación, es preciso que intervenga el poder de Dios. Para expresar la irrupción de esta fuerza divina, Lucas indica una imposición de manos, es decir, un gesto asociado unas veces al ministerio de curación, como aquí, y otras al don litúrgico del Espíritu santo. Jesús dispone de la fuerza de Dios, que arranca sus víctimas de las manos de Satán. El enderezamiento es instantáneo, manera narrativa de decir que viene de Dios. Es tan repentino como fue duradera la enfermedad, tan completo como esta había sido total. El verbo utilizado significa «ponerse de nuevo en pie», «ponerse derecho» o «recobrar el sentido vertical». En voz pasiva, subraya discretamente el origen divino de la curación. Además, evoca en un sentido espiritual y moral el restablecimiento que Dios quiere ofrecer a su pueblo y la rectitud ética que tendrá que acompañarle. La mujer, creyente, atribuye espontáneamente su curación al Dios de Israel. Su fe judía es también cristiana, ya que ha reconocido al Padre en la mediación del Hijo.
- V. 14: En primer lugar el hombre: un «jefe de la sinagoga», es decir, el responsable del edificio y de la organización exterior de las ceremonias (no había más que uno para cada sinagoga, lo cual explica el artículo definido «el»). Aquel hombre se irrita (verbo «impacientarse», «irritarse», «enfadarse», «quejarse», «indignarse»); actitud reactiva, que sigue a un gesto o a una acción de algún otro), una actitud de cólera que se cree legítima; una actitud de juicio y de condenación moral. Lucas indica el motivo: escoger el sábado para esta curación, que se considera como un trabajo («curar», «sanar», aparece por segunda vez en los labios del jefe de la sinagoga). Parece ser que los médicos no ejercían su labor los días de sábado. Así pues, al «trabajar» (v. 14), Jesús ha faltado a la ley. La cólera del jefe judío está justificada a sus ojos y, según él piensa, a los de Dios. No hay nada en el texto evangélico que diga que los cristianos, Lucas o Jesús hayan desaprobado esta fidelidad al mandamiento de la ley. Lo que el cristianismo critica es la *interpretación de la curación como obra humana*, fruto de una operación humana. A sus ojos, se trata por el contrario de una liberación divina, algo que debería favorecer el sábado según su correspondencia bíblica con el éxodo de Egipto. El jefe de la sinagoga, que debería ser un hombre de Dios, habría querido impedir a Jesús hacer el bien. Al no haber podido impedirlo, considera como una transgresión de la ley lo que fue, a los ojos del evangelista, *la obediencia más ejemplar a la voluntad salvífica de Dios*. El Dios de Jesús es el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de los vivos (20,38), el Dios vivificante. Lucas se muestra hostil contra una cierta forma de piedad judía.
- Vv. 15-16: Ese Dios de las liberaciones es al que Jesús recuerda con un ejemplo. Se conoce por 14,5 y por Mt 12,11 el caso del animal que se cae en un pozo y para el que se impone una ayuda urgente. Se admite este gesto de caridad con él, aunque esto suponga cierto trabajo. Un texto esenio, por el contrario, lo prohíbe expresamente. La religión judía se adaptó a las exigencias de la naturaleza y los maestros de la ley autorizaron a los pastores y a los campesinos a que llevaran a abrevar sus rebaños de forma eficaz, sin violentar demasiado el precepto del reposo. ¿Y no tiene un ser humano más valor que un animal (12,7)? Lo que cuenta sobre todo es el vocabulario de la liberación con el que juega el texto: «desatar» es un verbo que encontramos en los vv. 15 y 16, donde hace eco al verbo «desatar de», «liberar» del relato de milagro (v. 12). Todo el mundo desata a su buey o a su asno el día del sábado para llevarlo a abrevar. Y hacen bien en obrar así.

Es hipócrita, es decir ilógico y falsamente religioso, autorizar en un caso lo que se niega en otro. Sobre todo cuando se trata, por un lado, de la supervivencia de un animal, y por otro de una vida humana («¿Se preocupa Dios de los bueyes?», pregunta irónicamente Pablo en 1Cor 9,9). Por tanto, el sábado no es solamente un día en el que es posible curar, sino incluso el más idóneo para liberar.

Se da un vuelco a toda una teología del sábado. De ser un día en el que la obediencia desemboca en un no-hacer nada que tolera la servidumbre, el sábado se convierte en una fiesta en la que el amor irradia al servicio de los demás. La larga servidumbre (Satán tras Faraón ha apretado las cadenas) encuentra hoy su fin. Israel (Abrahán y su descendencia, hijos y, aquí, hijas) es desatado, liberado. Esta tarea no solo debía tolerarse, sino que se imponía en aras de una adecuación providencial a los designios de Dios («¿no era preciso?»).

La expresión, excepcional, «hija de Abrahán», refleja una fuerte conciencia del pueblo de Dios. No la forjó Lucas. Se remonta a una tradición judeo-cristiana o al mismo Jesús. El evangelista la integra con su concepción cristiana del pueblo de Dios. Lo mismo que Isaac, hijo de Abrahán, fue finalmente desatado, también lo ha sido esta hija de Abrahán, descendiente del patriarca.

- V. 17: Lucas piensa que el jefe de la sinagoga es sostenido por un grupo de gentes que se oponía a Jesús. Frente a la palabra de Jesús, esos «adversarios» quedan avergonzados, un sentimiento que Lucas evoca pocas veces. No tienen más remedio que enrojecer si no quieren convertirse. En todo caso, no tienen nada que decir. Frente a ellos, «toda la muchedumbre», es decir, la asamblea sinagoga, en oposición a sus jefes. Esa gente ha optado por Jesús y vuelve la espalda a sus directores espirituales. Lucas dibuja una asamblea que ha cambiado de opinión. El éxito de Jesús es evidente. Los cristianos que transmitieron esta historia y Lucas que la concluye vislumbran los éxitos seguros de la misión cristiana. Si Jesús actuó, dialogó y convenció de esta manera, ¿no tendrán que imitarle los misioneros cristianos?

La alegría es espontánea entre los espectadores y espectadoras de la liberación de la mujer. Alegría religiosa, ante lo que señala la irrupción del Reino, del que va a hablar la parábola siguiente (vv. 18-21). Alegría por los «acontecimientos gloriosos», es decir, en los que se refleja la gloria de Dios, que sucedieron gracias a Jesucristo («gracias a él»). Así se cumplió el designio de Dios, la historia de la liberación y de la salvación.

SEGUNDA UNIDAD (13,18-21)

- V. 18: En cinco ocasiones el evangelista pone en labios de Jesús el vocabulario de la semejanza. Consciente de la no evidencia del reino de Dios, el evangelista piensa que Jesús comprendió y explicó esta realidad divina. En efecto, Lucas es el único que utiliza la primera persona del singular 18: «... ¿y con qué lo compararé?». A la pregunta objetiva («¿a qué es comparable el reino de Dios?») le sigue la pregunta subjetiva («¿con qué compararé el reino de Dios?»). Se da a entender que Cristo es el único maestro de los misterios del Reino.

Lucas piensa que no es posible definir el reino de Dios. Hereda este concepto; sabe que ocupa el centro del mensaje de Jesús y lo atribuye también a los apóstoles. Marcado por un cierto dualismo, piensa que este mundo está sometido a Satán y que Dios intenta reconquistar el terreno, un terreno que le pertenece. Con esta finalidad, el Padre envió a su Hijo a la tierra. Gracias al ministerio de este hijo, vacila el poder de Satán y comienza a ejercerse el de Dios. Para Lucas, esta revolución tiene lugar al final de los tiempos; el reino de Dios es escatológico. Se ha aproximado gracias al mensaje proclamado por Jesús y llega hasta los que lo reciben. Todavía hay que aguardar algún tiempo para que se establezca definitivamente en el poder y la gloria. Este reino de Dios, ligado a la persona de Jesucristo, esperado y misteriosamente accesible, es a la vez una magnitud temporal y una realidad espacial, un terreno que Dios libera y establece. Con sus parábolas Jesús anuncia, explica y manifiesta ese Reino, como intentan hacerlo las dos siguientes parábolas.

- V. 19: El reino de Dios «es semejante a un grano de mostaza». Famosa por su pequeñez, permite a los rabinos según el Talmud describir la mancha más pequeña. Sirve de imagen en el Corán: el día del juicio, en el platillo de la balanza se verá hasta ese pequeño grano. En el capítulo 17,6, Jesús vuelve a utilizar esta imagen para señalar así la esperanza de que sus discípulos tendrán un mínimo de fe. Pero el tamaño de la planta adulta, de 1,20 a 2,50 metros de altura, es del tamaño de un árbol y no de un arbusto.

Es notable cómo una misma parábola de Jesús, sencilla y comprensible, ha podido suscitar interpretaciones tan divergentes en tan poco tiempo. Marcos la reinterpreta en el sentido de *un contraste*, como demuestran las siguientes matizaciones: «la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra» (Mc 4,31b) y «la más grande de todas las hortalizas» (Mc 4,32a). La parábola opone de este modo los comienzos modestos a un fin triunfal y

milagroso. En Lucas, la parábola se ha convertido en un relato que cuenta un crecimiento maravilloso. Hay un gesto inicial del propietario que toma una semilla y la planta en la tierra. Viene luego el crecimiento, un proceso natural, irresistible y regocijante. Y llega finalmente el fecundo resultado que permite constatar el paso del «grano» al «árbol». Lo mismo que la naturaleza tiene su historia, también el reino de Dios tiene la suya que acabará felizmente.

En lo que se refiere al Reino, todavía estamos más cerca del grano que del árbol. Por lo que atañe a la Iglesia, esta no está constituida por buenas voluntades, sino por el grano, realidad divina, sembrada en nuestro huerto. Minúscula, en comparación con las necesidades del planeta, esta semilla es suficiente para alegrar los corazones. Lo que «todo el pueblo» aclamaba al final del episodio de la mujer encorvada, esas acciones gloriosas de Cristo (13,17b), es el comienzo microscópico del establecimiento del reino de Dios, identificado con una vida que crece y con una resurrección que se lleva a cabo.

- Vv. 20-21: Como una repetición sería monótona y una longitud igual sería fastidiosa, Lucas optó al principio del v. 20 por fundir la doble pregunta del v. 18. Hay que distinguir entre el fermento y la levadura. El fermento es un hongo microscópico unicelular que se multiplica por granulación. Es a continuación la masa blanquecina de esos hongos que se utiliza, por ejemplo, para la fabricación del pan. En cuanto a la levadura, es la masa de harina que se ha dejado fermentar o a la que se ha añadido el fermento o la antigua levadura. Los israelitas se servían de la levadura y no del fermento en la fabricación del pan. Así pues, en nuestro texto se habla de «levadura».

A pesar de su efecto benéfico, la levadura era considerada como un elemento negativo. Para comprender este hecho, hay que recordar que el ideal de los israelitas seguía siendo su existencia anterior de *pueblo nómada*. Pues bien, los nómadas se alimentaban de tortas de pan, es decir de *pan sin levadura*. Este uso continuó en el culto: el empleo de la levadura estaba prohibido en la confección de las oblaciones rituales destinadas al altar. Lo mismo ocurría con los panes de la proposición. El proceso de fermentación provocado por la levadura se comprendía como una alteración de las sustancias, como una corrupción.

Si la elección de la mostaza resultaba un tanto sorprendente para describir el reino de Dios, el de la levadura era francamente chocante para un judío. Conociendo la didáctica no convencional de Jesús, a nivel de los procedimientos (ausencia frecuente de referencia a la ley mosaica) y de los ejemplos (personajes «inmorales», propuestos como modelos de fe), hay que suponer que la elección de la levadura es una huella de autenticidad.

Una vez pasada la reprobación espontánea que suscita la levadura, hay que admitir la fuerza de convicción de la imagen. Le basta a una mujer poner un poco de levadura en una gran masa de harina amasada con agua, para hacer pan. Tres *sata* son unos cuarenta litros, unos veinticinco kilos, para alimentar entre cien y ciento sesenta personas. Para Lucas los dos ejemplos evocan procesos de una naturaleza doméstica y destinada al bienestar de las personas. Y el ejemplo es elocuente: es toda («todo») la masa la que fermenta. Se señala el contraste entre la levadura oculta y la masa fermentada.

Tenemos una estructura parabólica elemental, hecha de tres elementos constitutivos: el grano sembrado o la levadura oculta; la planta que brota o la masa que se levanta; el gran arbusto final o las tres medidas abundantes. Puede ser que estas parábolas fueran pronunciadas por Jesús en un contexto polémico y con una intención apologética. El maestro defendía en ellas los comienzos poco espectaculares de su misión y la pequeñez de su rebaño frente a sus propias pretensiones. Expresaría en ellas su confianza soberana en la intervención última e inminente de Dios. Puede ser también que Jesús quisiera expresar su experiencia de Dios. Así es como Dios interviene, dice con la ayuda de estos atrevidos ejemplos. En vez de hablar del cedro protector, escoge la imagen insólita de la mostaza. Y en el origen del pan de vida en cantidad, evoca la levadura ostensiblemente oculta, como para decir que Dios no está a disposición de los que detentan la revelación. Pero lo que hay que retener, es la gran esperanza de Jesús. Cuando se ha iniciado el movimiento, el resultado es inevitable. Lo que hoy ocurra es decisivo para el mañana.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?